

UN LIGERO CASO DE INSOLACIÓN

ARTHUR C. CLARKE

Otra persona debería narrar esta historia: alguien que entienda el extraño tipo de fútbol que juegan en América del Sur. Allá en Moscú, Idaho, tomamos la pelota y corremos con ella. En la pequeña pero próspera república que llamaré Perivia, la golpean con los pies. Y eso no es nada, en comparación con lo que le hacen al árbitro.

Hasta la Vista, la capital de Perivia, es una hermosa y moderna ciudad enclavada en los Andes, a casi tres mil metros sobre el nivel del mar. Está muy orgullosa de su magnífico estadio de fútbol, que puede alojar a cien mil personas. Aun así, es apenas suficiente para dar cabida a todos los fanáticos que se presentan cuando hay un partido realmente importante, como el anual con la vecina república de Panagura.

Una de las primeras cosas que aprendí cuando llegué a Perivia, luego de varias aventuras penosas en zonas menos democráticas de América del Sur, fue que el partido del año anterior lo habían perdido a causa de la deshonestidad del juez. Aparentemente el juez había penado a casi todos los jugadores del equipo, anulado un gol, y hecho todo lo necesario para que no ganara el mejor cuadro. Esta diatriba me hizo añorar mi tierra pero, recordando donde estaba, simplemente comenté:

—Deberían haberle pagado más.

—Lo hicimos —fue la amarga respuesta—, pero los panagueros hablaron con él después.

—Es una lástima —respondí—. Hoy día es difícil encontrar un hombre honesto que no cambie de comprador. El inspector de aduanas, que acababa de tomar mi último billete de cien dólares, tuvo la gentileza de sonrojarse debajo de las barbas mientras me hacía cruzar la frontera.

Las semanas siguientes fueron duras, aunque no es esa la única razón por la cual preferiría no hablar de ellas. Pero pronto volví al negocio de las máquinas agrícolas, aunque ninguna de las máquinas que importaba se acercó jamás a una granja, y ahora cuesta muchísimo más de cien dólares cada vez que quiero pasarlas por la frontera sin que algún entrometido mire las cajas. Tenía mucho que hacer y lo que menos me preocupaba era el fútbol; sabía que mis costosos artículos importados serían utilizados en cualquier momento, y quería asegurarme que *esta* vez mis ganancias fueran conmigo cuando yo dejara el país.

A pesar de eso, apenas podía ignorar la excitación al acercarse el día del partido de revancha. En primer lugar, me obstaculizaba los negocios. Siempre que iba a una conferencia, arreglada con gran dificultad y gastos en un hotel seguro o en casa de algún simpatizante de confianza, la mitad del tiempo todo el mundo hablaba de fútbol. Era enloquecedor; y comencé a preguntarme si los perivianos tomaban la política tan en serio como los deportes.

—¡Caballeros! —protestaba yo—. Nuestro próximo envío de sembradoras mecánicas giratorias será descargado mañana y, a menos que obtengamos ese permiso del Ministro de Agricultura, alguien puede abrir las cajas y entonces...

—No se preocupe, amigo —contestaba vivamente el general Sierra o el coronel Pedro—, eso ya está arreglado. Déjelo en manos del ejército.

Yo sabía que no era conveniente replicar: «¿qué ejército?» y durante los diez minutos siguientes tuve que escuchar una vehemente exposición de tácticas futbolísticas y la mejor forma de tratar a árbitros recalcitrantes. Nunca soñé —ni yo ni nadie— que ese tópico estaría íntimamente ligado a nuestro problema particular.

Desde entonces he tenido tiempo de reconstruir lo que realmente había sucedido, aunque en aquel momento era muy confuso. La figura central del drama era indudablemente don Hernando Díaz, playboy millonario, fanático del fútbol, científico aficionado y, estoy seguro, futuro presidente de Peruvia. Debido a su afición a los autos de carrera y a las bellezas de Hollywood, que lo ha convertido en uno de los artículos de exportación mejor conocidos de su país, la mayoría de la gente supone que la etiqueta de «playboy» describe completamente a don Hernando. Nada, pero nada, podría estar más lejos de la verdad.

Yo sabía que don Hernando era uno de los nuestros, pero al mismo tiempo gran favorito del Presidente Ruiz, y que estaba por lo tanto en una posición poderosa pero delicada. Naturalmente, no lo había conocido nunca; él tenía que ser muy exigente con sus amigos y había muy poca gente interesada en conocerme a *mí*, a menos que no tuvieran otro remedio. Recién mucho más tarde supe de su interés por la ciencia; parece que tiene un observatorio privado que utiliza frecuentemente en las noches claras, aunque según los rumores, las funciones no son solamente astronómicas.

Don Hernando debe de haber necesitado todo su encanto y sus poderes de persuasión para convencer al Presidente; si éste no hubiera sido también un fanático del fútbol, y no hubiera estado dolido por la derrota del año anterior, como todo periviano patriota, jamás habría aceptado. Pero la originalidad del plan debe haberlo atraído, aunque no le agradase mucho la idea de tener la mitad de las tropas fuera de acción durante la mayor parte de la tarde. No obstante, como se lo habrá recordado seguramente don Hernando, ¿qué mejor forma de asegurarse la lealtad del ejército que dándole cincuenta mil asientos para el partido del año?

Yo no sabía nada del asunto cuando me senté en el estadio ese día memorable. Si ustedes creen que yo no tenía deseo alguno de estar allí, aciertan. Pero el coronel Pedro me había dado una entrada, y era poco saludable herir los sentimientos no usándola. De modo que allí estaba yo, bajo el sol abrasador, abanicándome con el programa y escuchando los comentarios en mi radio portátil, mientras esperábamos a que comenzara el juego.

El estadio estaba repleto; su gran óvalo cóncavo era un apretado mar de rostros. Habían demorado un poco la entrada de los espectadores; la policía había hecho todo lo posible, pero lleva tiempo revisar a cien mil personas en busca de armas de fuego escondidas. El equipo visitante había insistido en eso, para gran indignación de los locales. Pero las protestas se desvanecieron rápidamente cuando la artillería se amontonó en los puestos de control.

Fue fácil adivinar el momento exacto de la llegada del árbitro en su Cadillac blanco; escuchando los abucheos de la multitud se podía saber por dónde iba.

—¿Por qué no cambian al árbitro, si tanto les disgusta? —pregunté a mi vecino, un teniente tan joven que podía ser visto conmigo sin ningún problema.

Y el teniente se encogió de hombros resignadamente.

—Los visitantes tienen derecho a elegir. Nada podemos hacer.

—Entonces por lo menos deberían ganar los partidos que juegan en Panagura.

—Es cierto —coincidió—. Pero la última vez fuimos demasiado confiados. Jugamos tan mal que ni siquiera nuestro árbitro pudo salvarnos.

Me costaba sentir simpatía por alguno de los dos bandos, y me dispuse a soportar un par de horas de bullicioso aburrimiento. Pocas veces me equivoqué tanto.

Es cierto que el juego tardó en comenzar. Primero una banda sudorosa tocó los himnos nacionales, luego los equipos fueron presentados al Presidente y su dama, luego el Cardenal bendijo a todo el mundo, luego hubo una pausa durante la cual ambos capitanes tuvieron alguna oscura discusión sobre el tamaño o la forma de la pelota. Pasé el período de espera leyendo el programa, una cosa cara hermosamente realizada que me había dado el teniente. De tamaño tabloide, impreso en excelente papel, generosamente ilustrado, parecía encuadernado en plata. Los editores difícilmente recuperarían el dinero, pero se trataba más de un problema de prestigio que de un problema económico. En todo caso, en ese «Recuerdo Especial de la Victoria» había una impresionante lista de suscriptores, encabezada por el Presidente. La mayoría de mis amigos también estaban, y noté con gran sorpresa que la cuenta del regalo de cincuenta mil ejemplares a nuestros gallardos combatientes había sido pagada por don Hernando. Parecía un intento algo ingenuo y caro de lograr popularidad. Lo de «Victoria» también me pareció prematuro, por no decir falto de tacto.

Comenzó el partido y el rugido de la enorme multitud interrumpió estas reflexiones. La pelota entró en acción, pero apenas había zigzagueado la mitad del campo cuando un periviano de camiseta azul hizo una zancadilla a un panagurano de rayas negras. No pierden el tiempo, me dije; ¿qué hará el árbitro? Para mi sorpresa, no hizo nada, y me pregunté si en este partido habríamos conseguido que aceptara nuestros términos de pago.

—¿No fue eso una infracción, o como quiera que ustedes lo llamen? —pregunté a mi compañero.

—¡Bah! —respondió él, sin sacar los ojos del partido—. Nadie se preocupa por *ese* tipo de cosas. Además el coyote ni lo vio.

Eso era cierto. El árbitro estaba muy lejos, y parecía que le costaba seguir el juego. Sus movimientos eran claramente trabajosos, y me tuvieron perplejo hasta que adiviné la razón. ¿Alguna vez vieron ustedes a un hombre tratando de correr con un chaleco a prueba de balas? Pobre diablo, pensé, con la compasión de un bribón por otro bribón; te estás ganando el soborno. *Yo* tenía mucho calor con sólo estar sentado.

Durante los primeros diez minutos fue un partido bastante limpio, y no creo que haya habido más de tres peleas. Los perivianos erraron un gol por muy poco; la pelota fue sacada con tanta elegancia que el frenético aplauso de los aficionados panaguranos (que tenían una guardia especial de la policía y una sección fortificada del estadio para ellos solos) casi no fue abucheado. Comencé a sentirme desilusionado. Caramba, si se cambiaba la forma de la pelota este podía ser un amable juego en mi tierra.

Por cierto que la Cruz Roja casi no tuvo trabajo hasta que transcurrió la mitad del partido; entonces tres perivianos y dos panaguranos (o puede haber sido a la inversa), se fundieron en una magnífica pelotera de la que sólo sobrevivió uno gracias a su propia fuerza. Los heridos fueron sacados del campo de batalla en medio de gran baráúnda, y el partido se interrumpió mientras llegaban los reemplazantes. Esto originó el primer incidente de importancia: los perivianos se quejaron porque los heridos del otro lado fingían para introducir reservas frescas. Pero el árbitro fue inexorable: los nuevos hombres salieron al campo y el ruido de fondo descendió apenas por debajo del umbral del dolor al recomenzar el partido.

Pronto los panaguranos hicieron un gol, y aunque ninguno de mis vecinos llegó a suicidarse, varios parecieron casi a punto de hacerlo. La transfusión de sangre nueva aparentemente había vigorizado a los visitantes y las cosas se presentaban malas para el equipo local. Sus oponentes estaban pasando la pelota con tanta habilidad que las defensas perivianas resultaban porosas como un tamiz. Si todo continúa así, me dije, el árbitro puede permitirse ser honesto; su bando ganará de todas formas. Y para ser justo, yo no había visto todavía signo alguno de parcialidad.

No tuve que esperar mucho. El equipo local bloqueó un ataque que amenazaba a su meta, y un poderoso puntapié envió la pelota como un cohete hacia el otro extremo del campo. Antes que alcanzase la cúspide de su vuelo, el agudo silbato del árbitro detuvo el juego. Hubo una breve consulta entre árbitro y capitanes, que casi de inmediato derivó en un desorden. Abajo, en el campo, todo el mundo gesticulaba violentamente, y la multitud rugía su desaprobación.

—¿Qué sucede ahora? —pregunté quejumbrosamente.

—El árbitro dice que nuestro hombre estaba en posición adelantada.

—¿Pero cómo, si está delante de su propio arco?

—¡Shhh! —dijo el teniente, que se negaba a perder tiempo informándome. No me callo fácilmente, pero esta vez lo hice, y traté de entender yo solo las cosas. Parecía que el árbitro había dado un tiro libre a los panaguranos, y yo comprendía cómo se sentían todos.

La pelota voló por el aire describiendo una hermosa parábola, rozó el poste y entró a pesar del salto del guardameta. De la multitud surgió un poderoso rugido de angustia, que luego murió abruptamente quedando en su sitio un silencio aún más impresionante. Fue como si un gran animal hubiera sido herido, y estuviera esperando el momento de la venganza. A pesar del sol, casi a plomo, sentí de pronto un escalofrío, como si hubiera soplado un viento helado. Ni por todas las riquezas de los Incas cambiaría de lugar con el hombre que sudaba en el campo, envuelto en su chaleco a prueba de balas.

Perdíamos dos a cero, pero aún había esperanzas; todavía no había terminado el primer tiempo, y podían suceder muchas cosas antes del fin del partido. Los perivianos estaban heridos en su amor propio y ahora jugaban con una intensidad casi demoníaca, como hombres que han aceptado un desafío.

El nuevo espíritu pronto dio sus frutos. El equipo local anotó un gol impecable en un par de minutos y la multitud enloqueció de alegría. Ahora yo gritaba con todo el mundo, diciéndole al árbitro cosas que ni siquiera sabía que podía decir en español. Íbamos uno a dos, y cien mil personas rezaban y maldecían para que llegara el gol del empate.

El gol llegó cuando ya terminaba el primer tiempo. En un asunto de tan graves consecuencias quiero ser perfectamente justo. La pelota pasó a uno de nuestros delanteros, quien corrió unos quince metros con ella, eludió a un par de defensas con un magnífico juego de pies y pateó limpiamente hacia el arco. Apenas había caído la pelota de la red cuando volvió a sonar el silbato.

¿Y ahora qué?, me pregunté. No podía anular *eso*.

Pero lo anuló. La pelota, al parecer, había sido tocada con la mano. Tengo muy buenos ojos y no vi tal cosa. De modo que honestamente no puedo culpar a los peruvianos por lo que sucedió después.

La policía logró mantener a la multitud fuera del campo, aunque durante un minuto la cosa estuvo fea. Los dos equipos se separaron, dejando desnudo el centro del campo, excepto por la tozuda y desafiante figura del árbitro. Quizá estaba pensando cómo escaparía del estadio, y se consolaba con el pensamiento que con la finalización del partido podría retirarse para siempre.

El agudo toque de clarín tomó a todos por sorpresa; a todos menos a los cincuenta mil hombres adiestrados que lo esperaban con creciente impaciencia. La arena quedó instantáneamente en silencio; tan en silencio que se oía el ruido del tránsito fuera del estadio. Otra vez el clarín sonó y, allá enfrente, la inmensa extensión se desvaneció en un enceguedor mar de fuego.

Grité y me tapé los ojos; por un espantoso momento pensé en bombas atómicas y me preparé inútilmente para la explosión. Pero no hubo sacudidas; sólo el parpadeante velo de llamas que durante largos segundos me golpeó incluso a través de los párpados cerrados; luego el clarín sonó por tercera y última vez, esfumándose el velo de llamas con la misma rapidez con que había aparecido.

Todo estaba ahora como había estado antes, salvo por un detalle de menor importancia. En el sitio del árbitro había ahora un pequeño montón humeante de donde surgía una delgada columna de humo que se enroscaba en el apacible aire.

¿Qué había sucedido? Me volví hacia mi compañero, que estaba tan conmovido como yo.

—*Madre de Dios* —le oí murmurar—, no sabía que haría *eso*.

El teniente no miraba la diminuta pira funeraria sino el hermoso programa de recuerdo, abierto sobre las rodillas. Y entonces, súbitamente, entendí.

Aun ahora, después que me explicaron todo, me cuesta todavía creer lo que vi con mis propios ojos. Fue tan simple, tan lógico... tan increíble.

¿Alguna vez han molestado ustedes a alguien apuntándole con un espejo de bolsillo a los ojos? Supongo que todo niño lo ha hecho; recuerdo la vez que se lo hice a una maestra, y el consiguiente castigo. Pero nunca imaginé qué pasaría si cincuenta mil hombres bien adiestrados hicieran la misma travesura usando cada uno de ellos un reflector de papel de estaño de medio metro cuadrado.

Un amigo mío que tiene una mente matemática lo resolvió; no es que necesite más pruebas, pero siempre me gusta llegar al fondo de las cosas. Nunca supe, hasta entonces, cuánta energía hay en la luz solar: en cada metro cuadrado de superficie iluminada hay más de un caballo de fuerza. La mayor parte del calor que caía sobre un lado del gran estadio fue desviado hacia la pequeña superficie que ocupaba el difunto árbitro. Incluso si pensamos en todos los programas que no apuntaban correctamente, el árbitro debe haber interceptado un calor de por lo menos mil caballos de fuerza. No puede haber sentido mucho: fue como si lo hubieran tirado en un alto horno.

Estoy seguro que nadie, excepto don Hernando, sabía lo que iba a suceder; a sus bien instruidos fanáticos se les había dicho que el árbitro solamente sería cegado y puesto fuera de acción por el resto del partido. Pero también estoy seguro que nadie tuvo remordimientos. En Peruvia juegan al fútbol con pasión.

Lo mismo sucede con la política. Mientras el partido continuaba hacia su ahora predecible final, bajo la benigna mirada de un nuevo juez comprensiblemente más dócil, mis amigos trabajaban intensamente. Cuando nuestro victorioso equipo salió del campo (el resultado final fue catorce a dos), todo estaba arreglado. Casi no hubo disparos y, cuando el Presidente dejó el estadio, cortésmente le informaron que tenía un asiento reservado en el vuelo matutino a Ciudad de México.

Como me dijo el general Sierra cuando subí al mismo avión que su anterior jefe:

—Dejamos que el ejército ganase el partido de fútbol y, mientras estaba ocupado, nosotros ganamos el país. Así todo el mundo está contento.

Aunque yo era demasiado cortés para exteriorizar mis dudas, no pude dejar de pensar que esta era una actitud un tanto miope. Varios millones de panaguranos estaban por cierto muy disgustados y, tarde o temprano, vendría el ajuste de cuentas.

Sospecho que ese día no está muy lejano. La semana pasada un amigo mío, experto mundial en su especialidad pero que prefiere trabajar por cuenta propia bajo un nombre falso, me confió indiscretamente un problema.

—Joe —dijo—, ¿para qué demonios querrá alguien que yo le fabrique un cohete guiado que pueda caber dentro de un balón de fútbol?

FIN

Libros Tauro